

SILVIA ARRÚ ESTEVE

LA LLEGADA

Título: La llegada

Autor: Silvia Arrú Esteve

Editado por:

PUNTO ROJO LIBROS, S.L.

Cuesta del Rosario, 8

Sevilla 41004

España

902.918.997

info@punterojolibros.com

Impreso en España

ISBN: 978-84-17205-19-5

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros

© 2017 Silvia Arrú Esteve

© 2017 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

*A mi madre,
que me cuida desde el cielo,
con sus alas de mariposa.*

LA LLEGADA

INTRODUCCIÓN:

—¡En esta puta nevera no hay nada!

Este es mi hijo, un rebelde sin causa, se llama David y tiene diecinueve años, hijo de padres divorciados, sobreprotegido, mimado, consentido, malcriado y unos cuantos atributos más que podría añadir, todos en mi contra claro, porque la que lo ha sobreprotegido, mimado, consentido y malcriado soy yo, su madre.

Es un buen chico, y cómo no, con todo su historial, un “nini”, definición vulgar que se da hoy en día a los chicos que en edad de trabajar o estudiar, no hacen ni lo uno ni lo otro.

Se crio en una casa normal, con una familia normal y un ambiente normal, pero, los acontecimientos que sucedieron después, la tragedia, el horror, la ira, la desesperación, cambiaron nuestras vidas para siempre.

Esta es su historia.

Esta es mi historia.

Esta es nuestra historia.

LA LLEGADA:

Vivimos en Santander, en un barrio a las afueras de la ciudad, en una calle de idénticas casas, con idénticos jardines, idénticas vallas, idénticas ventanas e idénticas puertas, pero fue a la nuestra a la que llegaron...

Pero antes de la llegada, quiero decirles que nuestra vida transcurría normal y plácidamente; yo, viviéndola entre mi trabajo y mi hogar, él, mi hijo, con sus amigos y el ordenador, y básicamente nos veíamos en la comida y en la cena.

—Hola, mamá, buenos días (vía WhatsApp a la una del mediodía).

—Mamá, ¿qué hay para comer?

—Mamá, ¿qué hay para cenar?

Y así transcurría nuestra rutina diaria, con algún sermón que otro por mi parte claro, las típicas frases:

—¿Piensas estudiar? ¿Piensas trabajar? ¿Piensas hacer algo con tu vida? Sermones que me veía en la obligación de dar de vez en cuando, y sus respuestas siempre eran las mismas:

—Sí, claro.

Creo que el ser hijo único no le ha beneficiado, si hubiese tenido un hermano, yo, tal vez, no lo hubiera ayudado a convertirse en un chico malcriado, pero quién sabe, es difícil criar un hijo y más difícil todavía si este hijo es el centro de tu universo.

Y él lo era.

Trabajo en una oficina en la ciudad, de ocho a cuatro, lo que me permite llegar pronto a casa y estar básicamente sola, aunque él esté a seis metros de mí. Él está en su mundo “on line” y yo estoy en el mío “off line”.

Mi hijo, cómo no, tiene un padre, porque de una nave espacial no se cayó, y con él tiene una relación muy distinta a la mía.

—Hoy he comido con papá y hemos hablado de todo.

Conmigo no habla de nada, le tengo que aplicar un tercer grado cada vez que quiero sacarle dos palabras seguidas.

A su padre lo ve de vez en cuando, comen, van de compras, pasan unas horas juntos y todo muy “guay” como dice él.

Su padre, Álex, vive también en un barrio de las afueras de Santander, pero no en una casa de idénticas viviendas e iguales jardines. Él vive en un chalé de quinientos metros cuadrados, tiene una empresa que le funciona muy bien y una novia veinte años más joven que yo, todo muy “guay”.

No voy a decir que su padre no lo quiera, porque no sería verdad, se preocupa por él, por su futuro, porque no le falte de nada y siempre atiende a sus llamadas.

Conmigo, la relación no es tan “guay” porque yo soy la que “agobio”: —Haz la cama, recoge la habitación, saca el plato de la mesa, no dejes la ropa por el suelo... —En fin, lo que hacemos las madres, “agobiar”, lo típico.

Aquel día, nada fuera de lo normal, me previno para lo que iba a suceder, ningún gato negro se atravesó en mi camino, no pasé por debajo de ningún andamio, ni hubo ningún eclipse solar, fue un día normal.

Me levanté a las seis de la mañana, bajé a la cocina y encendí la cafetera; es lo primero que hago cada mañana al levantarme, necesito mi dosis de café para continuar con mis tareas; luego, me senté a leer el periódico digital, ninguna noticia local de im-

portancia, vivimos en una ciudad tranquila, mientras el resto del planeta se va desmoronando.

Subí a mi habitación, crucé por delante de la de mi hijo, y este dormía plácidamente. Me duché y me arreglé para salir a trabajar. Bajé al piso inferior y cogí las llaves, las de casa y las del coche, cerré mi casa con llave y salí a un gélido día de febrero. Llevábamos un invierno muy frío, incluso habían anunciado nieve a cotas muy bajas; de camino hacia el coche recordé que no había sacado la lasaña del congelador para la comida de David. “Bueno, luego le llamo”, pensé. Cada mañana le dejaba su comida preparada, solo para que la pusiera en el microondas, un almuerzo que la mayoría de los días no se comía, porque a la una del mediodía, recién levantado, le apetecía más un café con leche que una lasaña.

Pero quiero decir una cosa muy importante: mi hijo me quiere mucho, creo que soy la persona a la que más quiere en este mundo, y nuestra relación es un vínculo normal entre madre e hijo, discusiones, besos, abrazos, más discusiones, un poco de humor, aunque no le gusta reírse de mis chistes o mi sarcasmo, pero se ríe. Somos dos en un planeta de millones, pero en el fondo, solo somos dos.

A la una del mediodía tengo una hora para comer, y ese día había quedado con Zoe, mi amiga de la adolescencia, en una cafetería donde solíamos ir a comer un menú de vez en cuando, y llegó muy nerviosa.

—¿Qué te ocurre?

—Nada, lo de siempre, he discutido con Andrés, ya sabes que encontró trabajo hace un mes... pues ayer, lo despidieron.

—¿Otra vez?

—Ya no puedo más, Natalia.

—¿Y por qué no le dejas de una puñetera vez? No lo necesitas, Gala y tú, podéis vivir perfectamente de tu sueldo.

—No es tan fácil.

- ¿Por qué?
- Porque le quiero, nunca he dejado de quererlo y no me imagino la vida sin él.
- Pues la vida sin él te iría mucho mejor.
- Tal vez, pero las cosas son así.
- Pero Zoe, mírame a mí, ¿me ves una desgraciada?, ¿me ves triste?, y ya hace diez años que me separé de Álex.
- No te separaste, te dejó, que es distinto.
- No, no es distinto, ¿crees que no fue duro?, pero era lo mejor, la convivencia ya era insoportable, cada uno hacía su vida.
- Vosotros ya no os queráis.
- Y Andrés, ¿crees que te quiere? Solo es un vago y un vividor que vive a costa de ti.
- Tampoco te pases, se esfuerza.
- ¿Se esfuerza, dices? No me hagas reír, Zoe, tú sabes que no.
- Solo necesita un poco de suerte.
- La suerte no existe, lo único que vale es la constancia, la actitud, la perseverancia, el empeño, la firmeza... y en el vocabulario de Andrés no existe ninguna de estas palabras.
- ¿Cómo está David?
- Sí, anda, cambia de tema, que así seguro que no arreglamos nada.
- Déjalo Natalia, quiero disfrutar de la comida.
- Está bien, pero esta conversación queda pendiente.
- Gala me dijo ayer que estuvo con David, ya hace tiempo que me dice que no es el mismo...
- No quiere asimilar la enfermedad de su abuela, lo pasó muy mal cuando empezó a enfermar, no sabía cómo ayudarla, no podíamos hacer nada.
- Pero ya ha pasado tiempo.
- Sí, pero David es como su padre, no sabe sobreponerse a la pena y yo no sé cómo ayudarlo.

—Gala me dijo que les ha dado por el deporte con Santi, que salen a correr, que hacen escalada.

—Sí, y gracias a Dios, porque tanto ordenador y tantos juegos “on line”, se estaba volviendo muy irritable; ahora, cuando llega de correr, siempre está contento.

—Gala ha quedado con ellos para ir a correr mañana.

—¡Estupendo!

—Desde que pasó lo de Juan, va cada día a ver a sus abuelos y a sus primos y luego vuelve a casa hecha polvo, pero dice que es su deber, su obligación.

—Tu hija es como tú, siempre pendiente de los demás, siempre queriendo ayudar y encima ha heredado tu inteligencia.

—Sí, por suerte no deja que nada externo le afecte en sus estudios, ya está en primero de carrera y con unas notas excelentes.

—¡Y yo no sabes cómo me alegro!

—Buff, perdona Natalia, no debería hablarte de lo bien que le va a Gala, cuando David sigue perdido sin saber qué hacer.

—David ya encontrará su camino, esto es solo un bache en plena adolescencia, ya madurará.

Y así transcurrió la hora de la comida, nos despedimos con un beso y cada una volvió a su trabajo.

La tarde se pasó lenta y no me podía concentrar después de la conversación con Zoe.

Aquel día, el que cambió nuestras vidas para siempre, llegué a casa sobre las cinco de la tarde, previamente me había parado en el súper del barrio para hacer algunas compras: compré café, algo de verduras, un poco de pescado y cómo no, yogures, nocilla, pan bimbo y todas las cosas que le gustan a mi hijo para ahorrarme oír la típica frase. David me había enviado un mensaje, se iba a correr un rato con Santi y llegaría con hambre, todo de lo más normal.

Nuestra casa consta de tres pisos, en el sótano se encuentra el garaje, amplio, con capacidad para dos coches, también está la

habitación de la caldera y una escalera que conecta con el piso principal de la casa. En el piso principal tenemos un amplio salón comedor, una cocina americana que es donde pasamos la mayor parte del tiempo, ya que la mesa del salón apenas la utilizamos y todo rodeado de unas grandes cristalerías que dan al jardín de la parte de atrás, donde tenemos plantado césped y distintos tipos de flores, que la mayoría no aguantan los duros inviernos; en el piso inferior también hay un pequeño aseo.

En el piso superior se encuentran las habitaciones, tres en total, la mía amplia y con grandes ventanales y cuarto de baño propio, luego está la de David, también bastante amplia, con su cama de metro cincuenta y un escritorio en el que ya hace tiempo dejó de usar para estudiar, ahora básicamente sirve para jugar con su ordenador y con sus amigos “on line”. La otra habitación era el despacho de Álex, mi exmarido, ahora es mi despacho, mi empresa me permite traerme trabajo a casa y fue una muy buena solución, mientras David era más pequeño. También hay un cuarto de baño completo que es el que usa David. Nuestra casa está pegada pared con pared con las otras casas del vecindario, pero esa noche, nadie escuchó nada, nadie vio nada.

Aparqué el coche en el garaje y cerré la puerta, hacía un frío horroroso, y el noticiario había dicho que teníamos para algunos días. Subí por la escalera interior que lleva al primer piso, me fui directa a la cocina cargada con la compra, guardé todo en su sitio y me serví una copa de vino. Había sido un día duro en el trabajo, por suerte, al día siguiente era sábado y no tendría que ir, pero sí me había traído trabajo para adelantar durante el fin de semana.

Subí al primer piso, a la habitación de mi hijo, como siempre, un campo de batalla, recogí cuatro cosas del suelo para la colada, me dirigí a mi habitación y me puse cómoda, los tacones me estaban matando; tenía el cargador del móvil en mi mesita, lo puse a cargar y bajé a preparar la cena. David no tardaría en llegar.

Llegó sobre las siete, cansado, contento, con hambre, me dijo que se iba a dar una ducha y que lo avisara cuando estuviera la cena lista, todo seguía de lo más normal.

Cenamos sobre las ocho, y hablamos un poco de cómo había ido el día, me dijo que su padre le había prometido darle trabajo en su empresa si hacía un ciclo de administrativo, me dijo que ya estaba mirando escuelas para matricularse. Me puse muy contenta, él también lo estaba.

Terminamos de cenar, recogimos la mesa entre los dos, y él subió a su habitación con su ordenador. Yo me acomodé en el salón a ver un rato la televisión.

Aunque, de hecho, no la estaba mirando, solo pensaba en la conversación con Zoe. Me tenía muy preocupada, pero no quería dejarse ayudar; me levanté y me puse una copa de vino, me ayudaría a relajarme para dormir, volví al sofá y me acurruqué bajo la manta, creo que me quedé medio dormida.

Y llegaron.

No sé por dónde entraron. Eran tres hombres vestidos de negro, con pasamontañas, no tuve tiempo de reaccionar, no tuve tiempo de gritar, me golpearon con un bate en la cabeza, y perdí el conocimiento.

Y se llevaron a mi hijo.

EL PRINCIPIO: NATALIA:

Mi nombre es Natalia Vega, tengo 47 años, y vivo en Santander. Provengo de una familia de clase media, soy hija única, y mi padre falleció cuando yo todavía era muy pequeña, fue tras una larga enfermedad. Mis pocos recuerdos se basan prácticamente en la habitación de mis padres; con mi padre, postrado en una cama, sin hablar apenas, y mi madre, cuidándolo siempre. Recuerdo muy poco de aquellos años, entonces no sabía lo que sucedía, más tarde sí, ¡maldito cáncer! Después de la muerte de mi padre, no puedo decir que no tuviera una infancia feliz, porque la tuve, mi madre quiso que fuera una niña feliz y llenó nuestra casa de colores, de luz, de risas... Podía invitar a mis amigas siempre que quisiera, y mi madre, cansada de trabajar todo el día, se dedicaba a prepararnos magdalenas, galletas, pasteles, era una gran cocinera entonces, y mejor aún, una excelente madre. Fui creciendo y pasé por la adolescencia sin hacer demasiado ruido, siempre destacué como una “buena chica”, salía con mis amigas, siempre con Zoe, pero básicamente me dedicaba a mis estudios y a ayudar a mi madre en las tareas de la casa; formábamos un buen equipo, mi madre y yo, nos respetábamos y nos queríamos.

Fue una maravillosa abuela para David, pudieron disfrutar mutuamente durante muchos años, hasta que otra cruel enfermedad nos la arrebató, poco a poco, sin avisar, sin tener apenas

tiempo para decirle adiós; entró en su cerebro y en apenas dos meses nos olvidó, olvidó a mi hijo, a sus risas y sus juegos, y me olvidó a mí, yo, que tanto la había querido, yo, que tanto la quiero... No tuve más remedio que internarla en un centro, el mejor que encontré, e iba a verla cada semana, no me veía, no me miraba, no me recordaba.

David ya hace tiempo que dejó de acompañarme, le resultaba demasiado duro, y lo entendí.

Hace diez años que me divorcié de mi marido, no fue una separación complicada, básicamente, porque la relación ya llevaba algunos años rota, acordamos algunos términos económicos, entre ellos, yo me quedaba la casa familiar y solo puse una única condición: David se quedaba conmigo. Álex, mi exmarido, estuvo de acuerdo en todo, no puso ninguna objeción, de hecho, yo había criado prácticamente sola a nuestro hijo, mientras él se dedicaba a sus negocios y a sus no negocios, con una vida social muy activa, llena de reuniones, comidas y cenas de trabajo, mientras David y yo hacíamos nuestras reuniones, comidas y cenas en nuestra cocina.

Al principio de nacer nuestro hijo, le recriminaba que no pasara más tiempo en casa con nosotros, con él; luego, con el tiempo me fui acostumbrando a estar sola con David y creamos nuestra propia parcela, dejamos de echarlo de menos, incluso, los fines de semana cuando estaba en casa, no nos habituábamos a su presencia, a su ir y venir por la casa, invadiendo el espacio, nuestro espacio.

Fue precisamente un fin de semana cuando me lo dijo, de hecho hacía días que lo veía nervioso, preocupado, evitando constantemente mi mirada, aunque él no lo sabía, yo estaba preparada, llevaba años preparada. O al menos, eso creía.

Llegué de correr sobre las ocho de la mañana, ya que salgo a correr todos los fines de semana, haga calor o frío, y la verdad es que ese invierno estaba siendo muy gélido.

Entré por la puerta de la cocina, muerta de frío, y agradecí el aire caliente de la calefacción; él estaba en la mesa de la cocina sentado, tomando café.

—Tengo que hablar contigo.

En aquel momento me salió la vena sarcástica y pensé: “madre mía, podría haber sido un poco más original, ha ido a buscar la frase más típica del manual del separado”. Siguió:

—Hace tiempo que nuestra relación dejó de serlo, al menos, una unión de pareja.

—Álex, ve al grano, me gustaría ducharme antes de que el sudor se me enfríe y pille un resfriado.

Me miró, entre enfadado, sorprendido, y apenado.

—He conocido a otra mujer, siento decírtelo así, sin filtros, estoy enamorado de ella y quiero el divorcio.

—De acuerdo, me voy a la ducha.

Y así fue, así de sencillo, sin gritos, sin peleas, sin discusiones.

Álex se fue ese mismo día, cogió una maleta y dijo que ya vendría a por sus cosas. David tenía entonces nueve años. Habló con nuestro hijo y le dijo que papá se marchaba unos días por negocios, lo vi bastante abatido, me dijo que ya hablaríamos con el niño, que necesitaba un poco de tiempo, yo sabía que para él no era fácil, nunca es fácil romper una familia, terminar con tu pasado; llevábamos quince años juntos, le dije que no se preocupara, que estaríamos bien, de hecho, yo ya estaba empezando a estar bien, demasiado bien, incluso me sorprendió mi actitud, demasiado fría, sin ningún sentimiento de pérdida, ni de abandono, ni de soledad.

Ya llevaba mucho tiempo sola, demasiado tiempo, y tal vez por eso la noticia no me cogió por sorpresa, demasiadas cenas de negocios, demasiadas reuniones, creo que en el fondo lo sabía, que había otra mujer, y también creo que no me importaba, hacía

tiempo que había dejado de importarme todo lo relacionado con mi marido.

Se marchó.

Acepté su marcha.

Ese día fue extraño, no lo negaré, iba deambulando por la casa sin saber qué hacer, empecé a culparme de lo ocurrido, tal vez si hubiéramos hablado más de nuestra situación cuando empezamos a alejarnos, cuando él empezó a alejarse y yo no lo impedí.

Ahora no sé si aún estoy enamorada del hombre al que tanto amé, me gustaría pensar que sí, pero en ese caso hubiera intentado retenerlo, decirle que lo amaba, rogarle que no se fuera, pero no fue así, y tal vez tampoco hubiera servido de nada. Ese día, al cabo de unas horas, empecé a darme cuenta de lo que había sucedido. Entonces, sí, habían empezado los sentimientos de pérdida, de abandono, de soledad y no pude evitar que las lágrimas empezaran a caer, pero no eran lágrimas de amor, no al menos de ese amor de antaño, de ese amor que nos tenía pegados al teléfono casi todas las horas del día, de ese amor que no pasan los minutos cuando estás esperando que llegue a casa, de ese amor del principio que nos tenía envueltos entre sábanas sin esperar un mañana, de ese amor que la rutina rompe, fractura, deshace, deteriora, quiebra, destruye. De ese amor que un día desaparece y huye sin saber cómo, sin saber porqué, sin saber adónde.

Llamé a Zoe, necesitaba hablar con alguien, contestó al primer tono:

—Natalia.

—Hola, Zoe.

—¿Y esa voz?, ¿qué ocurre?

—Álex se ha ido.

—¿Ido? ¿Adónde? No te entiendo...

—Me ha dejado, ha cogido una maleta y se ha marchado.

—Salgo para tu casa, dame veinte minutos.

Y colgó, le iba a decir que no era necesario, que solo quería escuchar su voz, que solo quería no sentirme tan sola.

No habían pasado aún veinte minutos cuando llamaron al timbre, le abrí, entró y me abrazó. Me abrazó como solo ella sabe hacerlo, en silencio, con la dulzura de una madre cuando abraza a un bebé, acariciándome y haciéndome sentir querida, ahuyentando la soledad, me llevó hacia la cocina, me hizo sentar en un taburete y preparó café.

—¿Dónde está David?

—En casa de Santi, he llamado a Sofia, y le he preguntado si se lo podía quedar un rato, necesitaba estar sola.

—Cuéntame qué ha pasado.

—Se ha ido.

—Sí, ya sé que el capullo se ha ido, pero por qué así, de repente.

—Está con otra mujer.

—Ya veo que con capullo me he quedado corta. ¿Y qué te ha dicho exactamente? —Pues que ya hacía tiempo que no estábamos bien, que vivíamos en una farsa, donde cada uno hacía su vida.

—Es un gilipollas.

—Pero tiene razón Zoe, ya hace mucho tiempo que estábamos muy alejados, que habíamos dejado de compartir cosas, ya no teníamos temas de conversación, éramos como dos extraños.

—Sí, pero esto se soluciona hablando, no tirándote a tu secretaria.

—No sé si es su secretaria, no me lo ha dicho.

—Da igual quién sea, seguramente alguna zorra que solo quiere su dinero.

—Me ha dicho que se ha enamorado.

—¡Pues que le jodan!

Me reí, Zoe tiene la capacidad de hacerme reír incluso en los momentos más amargos.

—Vamos a buscar un buen abogado y le vas a exprimir hasta el último céntimo.

—No, no hará falta nada de eso, Álex es un buen hombre y tú lo sabes, no nos va a dejar en la estacada.

—Todo el mundo es bueno hasta que empieza a ser malo.

—Álex no, no es esa clase de persona.

—No, solo es la clase de gilipollas que se levanta una mañana y le dice a su mujer que se larga con otra.

—No puedo echarle la culpa solo a él, yo también me he ido distanciando, poco a poco, tal vez inconscientemente, pero lo he hecho.

—¿Le quieres?

—No lo sé, tal vez, pero no como antes, estaba acostumbrada a él.

—Entonces no lo quieres. Y me quedo más tranquila, al menos nos vamos a ahorrar una pasta en terapeutas.

Me reí otra vez.

—Venga, llama a Sofía que mande a David para casa, nos vamos de picnic.

Los días y los meses siguientes andaba perdida por la casa, notando su ausencia a cada paso, echando a faltar pequeños detalles cotidianos, como su manera de decir hola cuando llegaba a casa, su forma de poner la mesa, tan distinta a la mía y tan caótica a la vez, su americana mal puesta en una de las sillas de la cocina y que yo colocaba bien, su pasta de dientes abierta y estrujada por cualquier parte, su sonrisa al ver a David, su manera de mirarme los primeros años, y luego, de no hacerlo después, pero lo peor de todo fue su ausencia en mi cama, un espacio tantos años compartidos y ahora lleno de un vacío al que no me podía acostumbrar y en el que estuve varias semanas colocando

todos los cojines que encontraba por la casa para reparar ese lado desierto y lleno de soledad.

Me refugiaba en David como si fuera una tabla de salvación, pero mi hijo también notaba la ausencia de su padre y aún peor, no la entendía. Tuvimos muchas conversaciones sobre el tema esos primeros días y meses, intentaba explicarle de la manera más natural para no caer en el drama, que su padre y yo íbamos a vivir separados, pero que nada iba a cambiar respecto a él, que todo iba a seguir igual que siempre y entonces él me respondía:

—Igual no, porque papá ya no vive en casa.

Sé que me culpó durante bastante tiempo de la marcha de su padre, lo notaba en su manera de hablarme, brusca y distante, y yo, colmándome de una paciencia infinita para no soltar cualquier barbaridad referente a su querido papá, la mayoría de las veces optaba por hacerme la loca y no dar cuenta de sus desprecios.

Pero, como el paso del tiempo hace caer en el olvido aquello que tenía que ser eterno, los dos, mi hijo y yo, nos fuimos relajando y aprendiendo a vivir una vida solos que ya teníamos aprendida, pero que no recordábamos.

Y como antes de la partida de Álex, llenamos la casa de nosotros dos y como hacíamos antaño, estábamos bien así. Álex ya llevaba ausente mucho tiempo, ahora solo había vaciado su armario.

David se acostumbró rápido, como se aclimatan los niños a todo, a sus dos casas, a sus dos habitaciones, y a repartir su tiempo entre su padre y yo.

Lo mío fue más lento y no tanto por la pérdida del amor conocido, sino más bien por la soledad, que llegaba al máximo de su cuota los fines de semana que no estaba David y me dedicaba a hartarme de llorar hasta que me dolía la cabeza, entonces llamaba a Zoe para contarle el drama que estaba montando y ella muy segura y decidida me decía:

—Tú no lloras por tu marido, tú lloras porque se ha llevado a David todo el fin de semana y no sabes dónde caerte muerta. Te espero en casa en diez minutos con una botella de cava des-corchada y me da igual los semáforos en rojo que te tengas que saltar para no tomártelo caliente.

Y ahí se acababa el drama que estaba liando yo sola.

ÁLEX:

Conocí a Álex en la universidad. Yo estaba fumando un cigarrillo con Zoe, se me acercó por detrás y me susurró al oído:

—¡Morirás joven! —Me giré, le vi y me enamoré.

—¿Se puede saber qué es esa sonrisa de gilipollas que se te ha puesto en la cara? —me dijo Zoe cuando él se fue.

—¿A mí?

—No, a mi tía, la de Murcia.

Álex era el típico chico que gustaba a todas las mujeres, tenía un atractivo bastante inusual, se podría decir que parecía un lord inglés, siempre impecable, con sus camisas, sus jerséis de cachemira, su americana de tweed, su cabello rubio oscuro siempre peinado hacia atrás.

Esa misma semana nos cruzamos un par de veces por el campus, persiguiéndonos con la mirada hasta que nos perdíamos de vista, fue el lunes de la semana siguiente cuando me lo encontré en la puerta de mi aula a las nueve en punto de la mañana, y ya no volvimos a separarnos.

Álex era capaz de sacarme una sonrisa incluso dormida, era atento, cariñoso, tierno, yo más de una vez me sorprendía preguntándole:

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —Esperándote —me respondía él.

Nos casamos al terminar la universidad. Él empezó a trabajar en la empresa familiar, y yo encontré trabajo en un pequeño bufete de abogados. Álex había estudiado derecho y administración de empresas, tenía su futuro solucionado en la empresa familiar, yo también había estudiado administración de empresas y no tenía solucionado nada.

Tuvimos una gran boda, en la catedral de Santander, Nuestra Señora de la Asunción, cerca del mar, junto al paseo de Pereda. La catedral, de estilo gótico, bastante austera, aunque yo estaba enamorada de sus preciosos pasillos, de sus blancas columnas y sus maravillosos arcos del claustro con sus verdes jardines.

Me gasté todos mis ahorros en mi vestido de novia, dinero que había ido acumulando en los trabajitos que había estado haciendo en mis años de universidad, lo que iba encontrando, de camarera en un bar, donde estuve durante dos años todas las tardes y algunos fines de semana, y haciendo de canguro a todo el vecindario. Me había pasado muchas noches en vela para sacarme los estudios, era muy consciente del esfuerzo que hacía mi madre para pagarme la universidad y no me podía permitir perder ningún curso, tampoco ella quería aceptar el poco dinero que yo ganaba, “es para ti”, me decía, “para tu futuro”.

Nos recorrimos todas las tiendas de novias de Santander, mi madre, Zoe y yo. La aventura duró varios días con diversos callos incluidos, andábamos horas y horas, pero yo no acababa de encontrar lo que quería, lo tenía muy claro en mi cabeza desde que era una niña, y hay que decir que a tozuda no me gana nadie, cuando veía a mi madre agotada de andar y entrar en tiendas, les decía a las dos que cogieran el autobús y se fueran a casa que yo seguía, pero si yo era cabezota, ellas lo eran más.

—Tú lo que quieres es que nos larguemos para que no podamos opinar —me decía Zoe.

—Eso, eso —respondía mi madre.

—Haced lo que os dé la gana, por mi como si os salen callos hasta en la punta de la nariz.

Al cabo de nueve días de recorrernos Santander de punta a punta, al fin lo encontré, esa tarde nos dimos un banquete de chocolate con churros, ideal para el régimen que llevábamos haciendo las tres desde hacía varias semanas, aunque la verdad no nos hacía falta, pero nos habíamos emperrado en perder un par de kilos cada una y ahí estábamos zampándonos una merienda de al menos quinientas calorías por cabeza, o, mejor dicho, por barriga culo y cadera.

Y al fin llegó el gran día. Entré en la catedral de Nuestra Señora de la Asunción cogida del brazo de Juan, el hermano de Zoe, mi padrino. La catedral llena a rebosar con más de trescientos invitados, prácticamente todos convidados por mis suegros, que si familia, que si amistades, que si compromisos... pero a mí no me importaba, porque yo, entre toda la multitud, solo veía a Álex.

Empezó a sonar "I want to know what love is" de Foreigner, los invitados se pusieron en pie, y Juan me miró emocionado y empezamos a andar, todas las miradas puestas en mi vestido blanco, antiguo, de corte imperio, que evocaba a la Francia del siglo XIX, en honor al primer imperio francés, confeccionado con muselina blanca y mangas de seda, con una aguja de oro blanco perteneciente a mi abuela, la única joya de valor que poseía mi madre y que realzaba aún más la belleza del vestido, romántico, elegante, delicado, me sentía como una reina... era una reina.

Zoe, mi madre y la madre de Álex, estuvieron llorando toda la ceremonia; yo pensaba, "a estas tres se les va a correr el rímel que van a parecer tres búhos", supongo que eran los nervios que me hacían pensar tonterías.

Zoe, con su vestido de gasa verde esmeralda largo hasta los pies estaba preciosa, pero es que Zoe está preciosa hasta cuando salimos en chándal a correr, su hermosura es innata.

El convite, cómo no, no podía ser en otro sitio que El Gran Hotel Sardinero, donde en los años de noviazgo ya habíamos acudido varias veces a comidas y cenas, por la gran amistad que unía a los dueños del hotel con los padres de Álex.

Un majestuoso edificio construido a finales del siglo XIX, de estilo romántico, bellísimo, impresionante, blanco y de una belleza pura que en primera línea de playa aún resaltaba más con el azul del mar.

Mis suegros, con una buena posición económica, quisieron correr con todos los gastos de la boda, con el enfado incluido que nos creaba esto a mi madre y a mí, pero nos hicieron partícipes de todo y no nos dejaron sentirnos incómodas en ningún momento; ellos, mis suegros, me aceptaron y me quisieron desde el primer día que entré en su casa y Álex me los presentó, enseguida me di cuenta que el dinero y la bondad no estaban reñidos, me respetaron y me trataron como a una hija desde el primer momento y el cariño y el amor empezó a ser mutuo.

La fiesta, el baile, las risas y la felicidad duraron hasta el amanecer.

De viaje de novios nos fuimos a Nueva York, de hecho, Álex me dejó escoger a mí:

—¿A qué lugar del mundo te gustaría ir?

Y yo ni siquiera lo dudé un instante, soñaba con la ciudad de los rascacielos desde que era una niña y ahora mi sueño se iba a hacer realidad, yo, que prácticamente no había salido de Cantabria.

Fue un viaje de ensueño, que duró quince días, a una ciudad única en el mundo a la que prometí volver.

Nos fuimos a vivir de alquiler a un pequeño estudio. Tenía una cocina-comedor, una habitación y un pequeño cuarto de baño, todo metido en treinta metros cuadrados, pero no lo hubiera cambiado por ningún otro lugar del mundo. El día que lo fuimos a ver por primera vez con el agente de la inmobiliaria, me enamoré de él, de sus vistas al mar, a mi mar, al mar cantábrico, único, mágico, deslumbrante, majestuoso, íbamos a vivir en el barrio del Sardinero.

Yo, de pequeña, desde mi casa familiar vislumbraba el mar a lo lejos y siempre soñé vivir cerca de él, de esa inmensidad, a veces azul, a veces verde, a veces gris.

Pasamos unos años muy felices en nuestro pequeño estudio, trabajábamos, salíamos con los amigos, íbamos a restaurantes, disfrutábamos cada domingo de las comidas familiares con nuestros padres, dábamos largos paseos por el mar, siempre cogidos de la mano, siempre queriéndonos.

Mi madre no se cansaba de repetirme:

—Hija, qué suerte has tenido. —Y yo pensaba que mi única suerte era verla a ella feliz.

A los dos años de casarnos, me quedé embarazada. Álex se puso loco de contento, ese mismo domingo, en la comida familiar se lo contamos a nuestros padres; yo hubiera preferido esperar un poco, solo estaba de dos meses, pero Álex no quiso ni escucharme, pronto lo sabría medio Santander, ese mismo día al llegar a casa, llamé a Zoe, se puso como loca, pensé que pronto lo sabría la otra mitad.

ZOE:

Conocí a Zoe en primero de bachillerato; las dos empezábamos en un instituto nuevo, a medio camino entre nuestros dos barrios, y congeniamos desde el primer momento, nos hicimos inseparables. Conocer a Zoe fue una entrada de aire fresco en mi vida, era divertida, risueña, graciosa, alegre y siempre con una maravillosa sonrisa en su preciosa cara. Yo le decía:

—Tú te caíste de la cigüeña, camino de Noruega.

—No me caí, me tiré —me respondía ella.

Zoe era una belleza nórdica de sangre cantábrica, rubia y de unos ojos azules como el mar que traía loco a medio instituto; yo, que era una chica normal, lo que se dice del montón, a su lado me veía muy por debajo de ese montón, aunque en el fondo yo sabía que no era así.

Lo que me encandiló de Zoe nada más conocerla fue su humildad, su generosidad, su sensibilidad siempre hacia los más necesitados, su lucha firme y constante por los derechos humanos, ella siempre pendiente de los periódicos y los noticiarios, solo hablaba de las injusticias del mundo, de las guerras, del hambre, de la violencia, animalista hasta la médula, cosas de las que yo, a nuestra temprana edad, todavía no era muy consciente, ella me hizo ver el mundo de otra forma, preocuparme por otras cosas que no fueran la sombra de ojos que me quedaba mejor con el vestido que llevaba puesto. No es que yo fuera entonces una

persona superficial, tan solo era una adolescente preocupada por cuestiones de la edad, ella me hizo madurar y me convertí, como ella, en una firme defensora de las causas perdidas.

Nos inscribimos las dos en la revista del instituto y escribíamos artículos sobre los derechos humanos y todo lo relacionado con el tema, unos artículos que, por cierto, nadie leía y que los pocos que lo hacían nos miraban como si fuéramos dos bichos raros. Pero como ya he dicho, Zoe era la alegría personificada, que una cosa no quitaba la otra.

Era la perfecta estudiante, con una memoria fotográfica que le ahorraba muchas horas de estudio, pero también era la inmejorable amiga, y si yo me iba a la biblioteca en las horas libres a preparar los exámenes, ella se venía conmigo y hacía ver que preparaba los suyos, yo la miraba por el rabillo del ojo y le decía: —Anda, ve a fumarte un cigarrillo, que termino enseñuida.

—Tú lo que quieres es que me muera de un cáncer de pulmón.

Y yo me reía.

Pero como dos adolescentes que éramos, no todo era estudiar y querer luchar por las causas perdidas, salíamos de bares, a discotecas, nos divertíamos como cualquier chica de nuestra edad, bebíamos, fumábamos y salíamos con chicos, nunca nada serio, los chicos de nuestra edad nos parecían unos inmaduros que solo sabían hablar de coches y de deportes y los mayores ni nos miraban, nos veían como dos crías que en realidad era lo que éramos.

Zoe, como yo, provenía de una familia de clase media trabajadora, vivían en el barrio pesquero de Santander, un barrio obrero, que en un principio tenía que ser para uso industrial, pero que luego, a petición de los pescadores, se convirtió en un poblado para estos, donde se construyeron edificios de bajo coste y con régimen de arrendamiento, la mayoría. Zoe, junto con sus padres y su hermano Juan, cinco años menor que ella, vivían en un piso de alquiler de dicho barrio.